

La biblioteca de los susurros

Desy
Icardi

**LA BIBLIOTECA
DE LOS SUSURROS**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La biblioteca dei sussurri*
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary
Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione
italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la
traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de
la Cooperación italiano

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

© 2021 Fazi Editore srl
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración del traductor

D.R. y © MMXXIII G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-175-8 (México)

ISBN: 978-84-1362-982-7 (España)

Primera edición, abril de 2023

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

Llámenme en voz alta.

Hace unos años —pronto les diré cuántos—, sin apenas poder expresar mi opinión y sin nadie que se pusiera de mi parte, me vi obligada a abandonar mi casa.

Llámenme en voz alta, repito, no susurrando discretamente. Hagan que el sonido de su voz me sobresalte. Griten: «¡Dora!». Y, si no me doy la vuelta, llámenme Dorina o, mejor aún, Dorina de las Corrientes de Aire, como llamaban a mi tía abuela en la época de la historia que quiero contarles.

Capítulo 1

Mi casa parecía una casa de campo, aunque se encontraba en la ciudad, a un par de kilómetros del centro de Turín. Estaba rodeada por una pequeña extensión de césped y por altos edificios cada vez más numerosos y cercanos que con el tiempo acabaron por asfixiarla.

Pero en 1971, cuando yo tenía seis años, en mi casa aún se respiraba el olor fresco de la hierba y el aroma salitroso del río Dora, que discurría por la parte de atrás, a veces tranquilo y transparente, otras impetuoso y turbio.

Para quienes la veían desde el exterior, la casa sobre el Dora podía parecer descuidada y un tanto destartada; la menuda extensión de césped que tenía delante (al que en la familia llamábamos nuestro «jardín» con gran optimismo) estaba salpicada de macetas vacías o llenas de malas hierbas y, en medio de aquel pequeño descampado, se alzaba una esbelta fuente con un Baco burlón que escupía chorros de agua por su boca desdentada, pero sólo cuando estaba de buen humor.

En la parte trasera de la casa había un pequeño huerto, aún más abandonado que el jardín, de cuyo cuidado cada miembro de la familia, por turnos, intentó encargarse para luego abandonarlo a su suerte.

—¡Me voy al huerto!

Cuando uno de nosotros decía esa frase, no significaba que tuviera el propósito de arrancar la maleza que asediaba la pequeña achi-

coria plantada hacía unos años, que seguía apareciendo, año tras año, cada vez más asilvestrada, sino que deseaba estar un rato a solas, escuchando el inmutable murmullo del Dora, esperando que el fluir del agua verde se llevara consigo sus preocupaciones, mientras las sábanas tendidas se hinchaban con cada sople de viento, como pequeños veleros listos para zarpar.

Si el exterior de nuestra casa se hallaba en un estado de semiabandono, el interior era limpio y, a su manera, ordenado: los viejos suelos con dibujos geométricos brillaban de cera, las gruesas cortinas almidonadas olían a jabón de Marsella y las paredes estaban animadas por decenas de cuadros baratos que representaban una gran variedad de temas, desde bodegones hasta animales mitológicos, pasando por santos en éxtasis.

Al igual que los cuadros, los muebles eran numerosos —digamos que excesivos— y, además, diferentes unos de otros. Cada uno de ellos había llegado a nuestros aposentos recorriendo caminos laberínticos: herencias, regalos o compras compulsivas en un mercadillo. Lo sorprendente es que cada nuevo mueble o utensilio que entraba a nuestra casa encontraba su lugar de manera natural, armonizándose con el resto del mobiliario sin que fuera necesario tirar nada para hacerle sitio. Lo que entraba por nuestra puerta se quedaba allí de manera permanente, porque la casa sobre el Dora era un hogar extraordinariamente acogedor, tanto con los objetos como con las personas.

Con sus muebles destartalados y los cachivaches que la invadían, la casa no tenía nada especial de verdad, salvo un detalle que a muchos les puede parecer un defecto, pero que nosotros, como familia, valorábamos mucho: el ruido.

El ruido del que hablo no era un factor exógeno, como el rugido de los coches o el chirrido de los tranvías de la calle, sino que brotaba de las mismas habitaciones y era alimentado por los que vivía-

mos allí, siempre atentos a que no se apagara nunca, igual que la llama de la última vela durante una tormenta que nos haya dejado sin electricidad.

Éramos personas comunes, que hacíamos cosas comunes en la casa sobre el Dora, pero lo que ocurría es que las hacíamos con el mayor estruendo posible: dábamos portazos, nos lanzábamos por las escaleras haciendo retumbar cada peldaño, arrastrábamos las sillas por el suelo, forzándolas así a gemir, y nos llamábamos unos a otros gritando de habitación en habitación, como si nos separara una distancia infinita. Incluso la tía Maddalena, que tenía el corazón débil y permanecía postrada en la cama desde antes de que yo naciera, agitaba sus medicinas haciendo tintinear la cucharilla en el vaso de cristal hasta producir el toque de un cerro.

Me pregunté muchas veces por qué hacíamos tantísimo ruido. Tal vez la extensión de césped que rodeaba la casa y el constante borboteo del río nos llevaban a pensar que, como no íbamos a molestar a nadie, podíamos darnos el gusto de recrearnos en aquel desenfrenado alboroto; o tal vez montar aquel barullo de nuestras voces desenfrenadas y nuestros gestos descuidados nos recordaba que estábamos vivos y que estar en el mundo, en resumidas cuentas, era algo agradable.

Sí, al pensarlo ahora, debía de ser precisamente por esta segunda razón por la que todos alimentábamos constantemente el ruido en casa; todos menos mi primo Fulvio.

Fulvio asistía a la Escuela de Magisterio, tenía los ojos verdes como el agua del Dora y se movía en nuestro alboroto con pasos ligeros y descoyuntados, como si tuviera una extraña consideración con respecto al suelo. A pesar de su índole silenciosa, a Fulvio no le molestaba nuestro estruendo, al contrario, le encantaba y lo buscaba porque, según decía, lo mantenía alegre.

Con todo su alboroto, de hecho, nuestra casa era innegablemente alegre, y eso a pesar de que la muerte entraba y salía de ella a su antojo.

A veces se presentaba de repente, como esas visitas inoportunas que aparecen justo a la hora del almuerzo, y quien estaba en casa se preguntaba si debía apagar el fuego que ardía bajo las sartenes o añadir un plato a la mesa; en otras ocasiones, se colaba con prudente discreción, sentándose en un rincón del sofá a esperar con el aire sereno de una anciana que aguarda su turno en el médico. Aquel de nosotros que percibía su presencia hacía como si no estuviera y seguía con su vida, abandonándose a la algarabía de siempre con la esperanza de que, al sentirse ignorada, tarde o temprano se marchara. A veces nuestra estrategia funcionaba, pero no siempre teníamos tanta suerte y, en un par de ocasiones, la muerte consiguió terminar el trabajo para el que se había presentado; entonces la casa sobre el Dora se sumía en un silencio denso y antinatural.

Fue cuando la muerte se familiarizó con nuestra casa y el silencio de las habitaciones se hizo irreversiblemente pesado cuando nos vimos obligados a abandonarla.

Capítulo 2

En la casa sobre el Dora vivíamos siete personas, sin contar los numerosos gatitos que Stèila, nuestra gata atigrada, daba a luz de seis en seis con cadencia semestral. Además de mis padres y de mí, estaban en casa mi tía Maddalena con Bruno, su marido, y su hijo Fulvio, y, por último, la más importante de todas: la tía abuela Dorina.

Ella era la propietaria de la casa, mientras que los demás éramos sus invitados, condición que tuvo la delicadeza de no dejar que nos pesara nunca.

Ella y la casa sobre el Dora eran una misma cosa; la tía abuela no salía de ella más que unas horas, excepto el primer domingo de cada mes, cuando se acicalaba y después de la misa se iba a visitar a unos cuñados suyos que vivían en la ciudad, para pasar allí todo el día. Durante esas horas sin ella, el viejo mobiliario de la casa crujía más de lo habitual, casi como si llorara su prolongada ausencia.

La tía abuela era una mujer de baja estatura, pero con un andar tan orgulloso que parecía al menos un palmo más alta; tenía un rostro rollizo y juvenil que hacía imposible adivinar su edad, y llevaba sandalias todo el año, dentro y fuera de casa, porque, sostenía, los pies deben sentirse libres, pues, de lo contrario, contagian su sentimiento de reclusión a toda la persona. Muchos enfados, estados depresivos y asperezas de carácter, según la tía abuela Dorina, se debían a un abuso de zapatos cerrados tanto en la parte trasera como en la delantera del pie.

—Fíjense —nos repetía para corroborar su tesis—. ¿Han visto alguna vez en las noticias de televisión a un asesino con sandalias? ¡No! ¡Quienes calzan sandalias no tienen instintos asesinos!

El calzado que llevaba no tenía suela de goma ni de paño, sino rigurosamente de madera, lo que convertía su andar en un perpetuo solo de castañuelas.

La tía abuela Dorina era, en definitiva, nuestra fuente suprema de sabiduría y también de ruido, no sólo por el constante repiqueo de sus suelas de madera, sino también por sus oídos, que el tiempo había vuelto tan duros que ella y todos sus interlocutores se veían obligados a hablar más alto de lo que normalmente sería necesario.

A pesar de su semisordera, la tía abuela era capaz de oír sonidos que la mayoría de la gente no percibía. En el pueblo de Monferrato, donde nació y vivió hasta el día de su boda, la tía abuela era conocida como Dorina de las Corrientes de Aire y así siguieron llamándola también en nuestro barrio y en todos los rincones de Turín donde manifestó sus singulares capacidades de audición.

La tía abuela y el tío abuelo se habían conocido en el pueblo de ella durante la fiesta de la vendimia; él era un forastero de Turín que había ido a tomar unas copas con sus amigos, ella desfilaba sobre un carro alegórico vestida con el traje tradicional.

—Si te gusta y parece un buen chico, no lo dejes escapar —le sugirió su madre cuando se dio cuenta de que el forastero la cortejaba—. Aquí, en el pueblo, nadie va a quererte, y no porque seas fea, estúpida ni enfermiza, porque, gracias a Dios, eres guapa, lista y rebosas salud, sino porque eres Dorina de las Corrientes de Aire. Vendrán a buscarte cuando el caballo se ponga enfermo de repente o cuando oigan pasos en el desván, pero nunca pedirán tu mano, como le ocurrió a tu tía y antes a tu tía abuela, que oían lo que tú oyes.

A la tía abuela le gustaba aquel muchacho, así que le hizo caso a su madre y se casó con él a todo correr, antes de que llegaran a sus oídos rumores sobre ella. Se casaron en 1915 y su matrimonio fue

bastante breve. Apenas tuvieron tiempo de instalarse en la casa sobre el Dora cuando el tío abuelo fue llamado al frente. Sin embargo, la tía abuela no enviudó a causa de la Gran Guerra; su marido no murió en las trincheras, sino unos meses después de su regreso, en un accidente en la fábrica donde acababa de encontrar trabajo.

No sé nada de mi tío abuelo, ni siquiera su nombre de pila; la única huella que tengo de él en mis recuerdos es una fotografía en la que aparece con uniforme de *bersagliere*, plantado delante de un jardín pintado en un telón, con un rostro imberbe y gesto algo asustado, parecido al de muchos otros jóvenes soldados de aquellos años, a los que es tan fácil imaginar muertos en combate como difícil suponer que a su vez mataran a alguien.

Tras la muerte de su marido, la tía abuela Dorina vivió en la casa sobre el Dora, manteniéndose con su pensión de viudez y dedicándose a lo que consideraba su misión: limpiar las que ella llamaba las «casas quejumbrosas», es decir, los aposentos que retenían entre sus paredes remordimientos, sentimientos de culpa, angustias y otras tristezas.

Ella, y sus antepasadas antes que ella, llamaban a esas molestias metafísicas con el nombre familiar y tranquilizador de «Corrientes de Aire».

¡Ay de quien intentara definir las con términos más rimbombantes o terroríficos como «fantasmas», «espectros» o «presencias»! Si alguien lo hacía, la tía abuela montaba en cólera porque esos términos eran, en su opinión, tan inapropiados como funestos.

—No hay que hablar de lo que no se sabe y mucho menos de lo que es mejor no saber.

Si alguien con ganas de charlar intentaba profundizar en el tema, ella lo liquidaba de la siguiente manera:

—Imagínese que está usted solo, ocupándose de sus cosas, y oye que lo llaman por su nombre. ¿Qué haría usted?

—Contestaría.

—¡Ellos también!

La tía abuela consideraba esa extraña actividad suya un trabajo, aunque nunca aceptaba nada a cambio de sus servicios, salvo, a veces, una lata de café o una caja de galletas.

Periódicamente llamaban a la puerta preguntando por Dorina de las Corrientes de Aire. Todos estos visitantes se parecían un poco: hablaban en voz baja, mantenían la vista sobre la punta de los zapatos y tenían la postura tensa de quien está dispuesto a batirse en retirada a la primera señal de peligro. La tía abuela los hacía pasar entonces a la sala y los tranquilizaba con algún cumplido.

—¿Quién le envía? —preguntaba en el tono estentóreo de su incipiente sordera—. Ah, ¿sí? ¿Y cómo está? Ah, qué bien, ¡cuánto me alegro!

A veces me quedaba en un sillón y asistía a esas conversaciones, meciendo los pies, que aún no tocaban el suelo, mientras los invitados permanecían sentados en el borde del sofá con los nervios a flor de piel, a veces ignorándome, a veces lanzándome miradas de apuro.

—No se preocupe por la pequeña Dora. Sí, sus padres quisieron que se llamara como yo —explicaba con orgullo—. Ya era sabia incluso antes de nacer. De hecho, tiene la belleza de su tía Maddalena y la inteligencia de su madre.

La tía abuela exageraba en sus alabanzas, si bien era cierto que tenía la misma tez diáfana que la tía Maddalena, el pelo rubio claro y los ojos aguamarina idénticos a los suyos, pero mis ordinarios rasgos no podían competir con sus facciones de muñeca; en cuanto a la inteligencia que supuestamente había heredado de mi madre, era, sí, una niña despierta, pero no poseía ni la intuición ni el sentido práctico que le habían permitido a ella darle un giro a su vida cuando esta parecía tomar otro rumbo.

—La pequeña también ha heredado algo de mí —añadía la tía abuela si su interlocutor parecía seguir inquieto por mi presencia—. Es alguien que oye —especificaba, dando al verbo «oír» un tono insinuante—. Cuénteme sin problemas lo que tenga que decirme, por-

que mi sobrina sabe casi tanto como yo de ciertos asuntos. Eso es algo con lo que se nace y que hay que aceptar, un poco como la estatura o la forma de la nariz. ¿Le apetece un café? —Cambíaba de tema cuando su interlocutor no era capaz de relajarse—. Dora, ve a decirle a tu madre que nos lo prepare, por favor.

Así la tía abuela se libraba de mí cuando mi presencia incomodaba demasiado a alguna de sus visitas, pero, de todas formas, yo lo grababa escuchar, gracias a la potente voz con la que la tía abuela repetía, frase por frase, lo que le contaban, con la excusa de asegurarse de haber entendido bien todo cuanto le confiaban, por no tener el oído muy fino... Yo sabía, no obstante, que lo hacía principalmente para que yo no me perdiera ni una sílaba de sus conversaciones con los habitantes de las casas quejumbrosas.

—Así que puso la cafetera en el fuego —repetía a todo volumen— y, cuando oyó hervir el café y regresó a la cocina, ¿la cafetera ya estaba en la mesa? Ya entiendo...

La tía abuela siempre entendía, nunca se sorprendía de las cosas extrañas que le contaban, y su actitud imperturbable tranquilizaba a aquella pobre gente aterrorizada.

Cuando no me echaban y escuchaba las historias en las voces de los propios interesados, el asunto se volvía incluso mucho más intrigante; algunos susurraban como si tuvieran miedo a que alguien estuviera espiándolos, otros soltaban su historia de un tirón como si se deshicieran de un fardo demasiado pesado y había otros que con un largo y enrevesado preámbulo pretendían declararse cuerdos. Sin embargo, si alguien llegaba a jurar sobre la veracidad de sus palabras, la tía abuela se ponía furiosa.

—¡No jure! —reprendía a su interlocutor—. Los juramentos son peligrosos. No jure por sus seres queridos ni mucho menos por el Cielo, pero, sobre todo, ¡nunca jure por sí mismo! Tal vez por sus seres queridos el Cielo podría tener la bondad de liberarlo del juramento, pero, si jura por sí mismo, ¿quién podría liberar ese juramento? ¡Ese será un vínculo indisoluble!

—¿Son ciertas las cosas que dicen esas personas? —le pregunté una vez.

—Casi nunca lo son —dijo encogiéndose de hombros—. Son escasas las ocasiones en que esa gente vive en realidad en casas quejumbrosas; la mayoría de las veces sus casas están perfectamente y son ellos quienes se quejan.

—Entonces, ¿te están contando mentiras!

—Sí, pero sin darse cuenta. Se dejan sugestionar por remordimientos, rencores, miedos que nunca afrontaron y otras porquerías que anidan en sus almas. Cuando me doy cuenta de que las tuyas son sólo feas fantasías, me limito a pedirles tareas sencillas e inofensivas, como poner una ramita de salvia en el alféizar o esconder piedrecitas en los cajones. A veces coso para ellos esos pequeños saquitos de tela que tú me ayudas a rellenar con sal y les explico que son poderosos talismanes.

—Pero si en sus casas no hay corrientes de aire, ¿por qué no se lo dices y ya está?

—Porque las cosas que no existen —sonrió— pueden dar más miedo que las reales.

Capítulo 3

Mi tío era guapo, el hombre más guapo que yo había visto en mi vida, y se llamaba Bruno Vittorioso, apellido en el que parecía estar escrito su destino. Además de ser muy atractivo, tenía un oficio que, de niña, sólo podía pensar que era maravilloso: vendía caramelos, pero no los vendía en una tienda ni empujaba un carrito por las avenidas del parque del Valentino; el tío Bruno comerciaba con dulces al por mayor y sus clientes eran bares, tiendas e incluso supermercados y hoteles. Su trabajo, que, por extraño que parezca, era muy rentable, lo llevaba de viaje por toda Italia y lo alejaba de su casa en el Dora varias semanas y, por eso, cuando volvía siempre era una fiesta. Nos advertía con una rápida llamada: «Voy para allá», decía sin avisar previamente. En cuanto colgaba el teléfono, nuestra casa se volvía aún más ruidosa que de costumbre; la tía abuela se metía a la cocina para preparar ñoquis con salsa, el plato preferido del tío, golpeando ollas y sartenes, y mientras la cocina sonaba como el taller de un herrero, la tía Maddalena, desde su cama, llamaba a mi madre para que la ayudara a vestirse y a peinarse. En esos momentos, a la tía, que por regla general carecía de fuerzas, la recorría una descarga de energía y la sangre circulaba a borbotones por su débil corazón, como el de una chiquilla enamorada y rebosante de salud. Mamá la complacía con docilidad, le arreglaba el pelo, le frotaba el cuerpo con agua de rosas y elegía para ella un hermoso camisón. No obstante, mientras realizaba estos actos de amor hacia su hermana,

resoplaba y negaba molesta con la cabeza; lo hacía sin disimular, segura de que en su estado de loca exaltación la tía Maddalena no se fijaría. Mientras la cocina retumbaba con estruendos metálicos y un sutil aroma a ajo y a romero se expandía por toda la casa hasta superponerse al olor a agua de rosas y a medicinas que flotaba en la habitación de la tía Maddalena, los hombres de la casa también se preparaban para la llegada del tío Bruno; mi padre se ponía su chaqueta de los domingos y, a veces, hasta la corbata, y Fulvio, tan silencioso como siempre, ponía la mesa y ordenaba hasta el último de los rincones de su habitación.

Una hora después de la llamada del tío Bruno, a veces incluso menos, oíamos el retumbar de su Alfa Giulia y, unos minutos después, la puerta principal al abrirse.

El tío Bruno se quedaba inmóvil un instante en el dintel de la puerta, como si quisiera ser admirado en todo su atractivo, exhibiendo sus chaquetas a la última moda que le ceñían los hombros y la cintura en un apretado abrazo y los pantalones ligeramente acampanados de los que asomaban unos zapatos tan brillantes como la carrocería de su coche. Era la moda de aquellos años, siempre en un precario equilibrio entre la elegancia y el ridículo.

El tío Bruno resurgía de su estatuaria inmovilidad apartándose el mechón de pelo rubio ceniza de sus penetrantes ojos verde oscuro; con ese ligero movimiento, las llaves de su bolsillo tintineaban alegremente. El tintineo se hacía cada vez más rítmico al ir acercándose a nosotros y saludándonos uno a uno, según el siguiente orden establecido: primero besaba a su hijo Fulvio en la frente, luego a mí y, para finalizar, a la tía abuela. El ritual de los saludos terminaba con un enérgico apretón de manos a mi padre: «Queridísimo Luciano, ¿has vigilado bien a nuestras mujeres?», le preguntaba a papá, haciéndole reír a carcajadas, a pesar de haber oído esa ocurrencia docenas de veces.

En cuanto a mi madre, en esos momentos se las arreglaba para tener otra cosa que hacer en el extremo opuesto de la casa, para no

tener que saludar a su cuñado ni, sobre todo, ver la expresión devota de mi padre, para quien mi tío era no sólo un modelo, sino un ídolo al que venerar. Después de habernos saludado, Bruno se dirigía a la habitación de la planta baja donde su esposa lo esperaba ansiosamente, como una adolescente en su primera cita, con la espalda apoyada en el cabezal de la cama y el pelo dorado cayendo sobre los bordados del camisón. La tía Maddalena se esforzaba para que la encontrara en su mejor pose, como una modelo con experiencia consigue presentar el mejor perfil al objetivo fotográfico.

El tío Bruno llegaba a su lado, la tomaba entre sus brazos y la besaba con el elegante trance de una estrella de Hollywood, tras lo cual se apartaba de ella para observarla en su totalidad y le decía que nunca la había visto tan guapa. Al oír esa afirmación, la tía sonreía y sus ojos brillaban con lágrimas de alegría.

Fui testigo de sus efusiones hasta los cinco años, cuando me di cuenta de que ese momento era sólo para ellos y que, como el resto de los miembros de la familia, tendría que esperar fuera de la habitación a que aquello terminara.

Al cabo de pocos minutos, en efecto, obedeciendo a una regla no escrita, entrábamos en el dormitorio de los tíos, arrastrando cada uno su propia silla. Nos colocábamos a lo largo de la pared frente a la cama, apretados unos junto a otros como espectadores en un minúsculo teatro, y el tío Bruno empezaba a contarnos lo que había visto y, sobre todo, con quién se había reunido en sus viajes de negocios. Hasta mamá, a pesar de la profunda aversión que sentía hacia él, no sabía renunciar a las historias del tío Bruno, que, como una radionovela por capítulos, continuaban desde donde se habían quedado la vez anterior.

—¿Se acuerdan de Marina, la hermosa mesera del Caffè Lux, en la carretera nacional hacia Bolonia?

—¿La que está a punto de casarse con un médico? —enlazaba la tía Maddalena.

—Pues ya no se va a casar —nos sorprendía—; se ha fugado con un camionero austriaco, ¡uno que tiene tupé rubio y unos hombros tan anchos como el escaparate del bar!

A medida que la historia iba ganando en intensidad, también el tintineo de llaves que acompañaba al tío se volvía más urgente, para ser interrumpido a fin de enfatizar cada pausa efectista.

—¿Y Marina ha roto su compromiso matrimonial con el médico? —preguntaba mi madre con aprensión, pendiente, a su pesar, de los labios del tío.

—Sí, el padre de la chica encontró una escueta nota en la caja del bar: «ME VOY CON KLAUS. PERDÓNENME».

—Qué lástima, parecía tan feliz con su médico —suspiraba la tía Maddalena, acariciando el hociquito de uno de los gatitos de Stèila, que durante aquellas veladas solía acurrucarse sobre la colcha junto a su numerosa y ajetreada prole.

—A Marina le hacía ilusión asentarse —explicó el tío Bruno—, pero una cosa es la seguridad y otra el amor —añadía mientras miraba directamente a los ojos a su mujer, como si dijera: «Tú y yo sabemos algunas cosas sobre el amor, ¿verdad?».

Las crónicas provincianas del tío Bruno comenzaban siempre con una historia algo turbia, como la de la mesera de Bolonia, y continuaban con un par de relatos de aventuras, a veces envueltos en un velo de misterio.

—El señor Giordano, ¿se acuerdan de él?
Nosotros asentíamos con convicción.

—Por fin ha descubierto quién robaba en su tienda —anunciaba, tras lo que se quedaba callado de inmediato, dejando así que se acrecentara nuestra curiosidad—. Una noche se quedó al acecho en la tienda con la escopeta de caza de su padre.

Cuando las armas hacían su aparición en las historias del tío, lo que no era nada raro, mamá y la tía Maddalena se llevaban atemorizadas las manos a la cara, mientras la tía abuela negaba con la cabeza con desaprobación.

—Esperó toda la noche con la escopeta amartillada y, hacia las siete de la mañana, oyó que se abría la puerta trasera... —Otra sabia pausa—. El señor Giordano vio una silueta moviéndose en la oscuridad y disparó sin titubear.

A la tía Maddalena se le escapaba un gritito ahogado.

—La vieja escopeta, sin embargo, falló, y menos mal, porque el ladrón era... ¡su nieto!

—¿Su nieto? —repetía la tía abuela pidiendo confirmación, ya que, al igual que la escopeta de Giordano, sus oídos fallaban a menudo.

—¡El mismo! Robaba todo lo que podía para revenderlo en el colegio, pero tendrá tiempo de arrepentirse de sus fechorías; sus padres lo han enviado a un internado para chicos problemáticos, que dicen que es una especie de cárcel.

Cuando el villano de la historia era castigado de manera tan ejemplar, teníamos que contenernos para no ponernos de pie de un salto y aplaudir; cuando, por el contrario, una historia terminaba mal, podíamos estar seguros de que el tío siempre tenía guardada una anécdota divertida con la que terminar la velada alegremente.

—¿Recuerdan al señor Gualtiero, un cliente del Bar Concordia de Módena?

—¿El que tenía tantos celos de su esposa? —preguntaba la tía Maddalena.

—Ese mismo, ¡volvía loca a esa pobre mujer! —confirmaba con el tono enérgico que más se ajusta a una comedia—. Entraba en casa de repente gritando: «¿Dónde está?», luego abría los armarios y tiraba al suelo todo su contenido, en busca del supuesto amante.

—¡Pobrecita! —suspiraba la tía abuela.

—Aquella buena mujer, que no tenía ni medio amante, llegó a pedir ayuda al párroco para que hiciera entrar en razón a su marido, pero no hubo manera. Al contrario, ¡el señor Gualtiero llegó a sospechar que su mujer tenía un enredo precisamente con el viejo reverendo!

El tío se reía, hasta las llaves que llevaba en los bolsillos emitían risitas metálicas que nos contagiaban.

—Fue al ama de llaves a la que se le ocurrió una manera de que al señor Gualtiero se le pasaran las ganas de montar el numerito y de desordenar los armarios de casa. Le pidió a la pobre señora que despejara el armario de la entrada, el primero que su marido abría de par en par en busca de amantes, y puso en su interior... —el tío pasaba revista a nuestras miradas expectantes— ¡un panal! Miles de abejas se abalanzaron sobre él en cuanto abrió las puertas. El celosón salió corriendo al jardín, mientras el enjambre lo perseguía y lo picaba sin piedad. Su mujer incluso tuvo que llamar al médico de lo hinchado y dolorido que estaba. Desde ese día, ¡parece que Gualtiero ha dejado tranquilos tanto a su mujer como a los armarios!

Cuando la historia humorística cerraba la sesión de relatos, la pobre tía Maddalena, agotada por tantas emociones, se quedaba en su habitación a descansar, mientras nosotros arrastrábamos nuestras sillas de nuevo al comedor, donde la mesa estaba preparada para cinco. Los ñoquis se cocinaban en unos instantes, el tiempo suficiente para que el agua empezara a hervir. La tía abuela y el tío Bruno se sentaban cada uno en un extremo de la mesa, mi padre y yo en un lado y Fulvio delante de nosotros, junto a la silla que dejaba libre mi madre; tras la sesión de relatos, su cuñado volvía a caerle mal, así que se iba a comer a la habitación de su hermana, que a esas alturas ya estaba dormida, con la excusa de no querer dejarla sola. Después de la cena, la tía abuela Dorina me pedía que la ayudara a recoger la mesa mientras «nuestros hombres», como los definía mi madre con sarcasmo, charlaban en la sala, tomando algún trago en hermosas copitas.

Obedeciendo a la regla implícita de hacerlo todo de la forma más ruidosa posible, la charla de nuestros hombres no podía permanecer en secreto; no había de hecho ningún rincón de la casa donde no resonara.

El tío Bruno declamaba con voz estentórea sus triunfos profesionales, contando, por ejemplo, cómo había conseguido un contrato de dos años para suministrar dulces a una cadena de grandes almacenes o cómo se había hecho con una gran partida de chocolates de primera calidad a un precio ridículo.

—¿Y tú a qué te dedicas, Luciano? —le preguntaba a mi padre en cuanto terminaba de echarse flores—. ¿Cuántas asignaturas te faltan para graduarte?

—Las dos de siempre más la tesis —respondía invariablemente.

—¿Aún te faltan esas dos asignaturas? —resoplaba el tío.

—Ya me habría librado de ellas si no tuviera que trabajar —se justificaba papá, que de vez en cuando trabajaba en una tienda de electrodomésticos donde reparaba televisores.

—Luciano, ¡deja ese trabajo mal pagado y termina tus estudios de una vez! —le instaba con severidad—. A mí me van bien los negocios y somos familia; del dinero ya me encargo yo durante un tiempo.

En realidad, era el tío Bruno quien se encargaba del dinero desde hacía tiempo; de hecho, eran los ingresos de sus caramelos los que nos mantenían con dignidad a todos en la casa sobre el Dora.

—Haré lo que dices —se enardecía papá en todas las ocasiones—. ¡Dejaré mi trabajo para concentrarme en mis últimas asignaturas!

—¡Bravo! Y en cuanto tengas la licenciatura encontrarás un trabajo como Dios manda y ganarás un montón de lana; así yo podré olvidarme por un tiempo de los caramelos y de los chicles y disfrutar viajando con mi mujer. Me gustaría llevarla de crucero; el aire del mar le vendría bien.

Ante tales afirmaciones, independientemente del lugar de la casa en el que se encontrara, mi madre fruncía el ceño con fastidio; la tía Maddalena a veces era incapaz de meterse en la cama sola, ¡e iba a estar para subirse a un barco! Además, mamá detestaba que el tío Bruno animara a papá a dejar su trabajo porque, por poco rentable

que fuera, le daba a nuestro núcleo familiar una apariencia de autonomía.

Cuando se lo preguntaban, Fulvio también hablaba de la Escuela de Magisterio a la que asistía, pero siempre en voz baja y apenas unas palabras, para no desencadenar ninguna discusión con su padre, que quería otro tipo de carrera para él.

—¿No te importa que Fulvio quiera terminar sólo con el diploma de maestro en vez de proseguir con sus estudios?

—¡Claro que sí! —suspiraba Bruno—. Me habría gustado mucho que estudiara Empresariales o incluso Derecho, pero si él quiere ser profesor de primaria, tendré que resignarme. ¡Tal vez de lo malo se saque algún bien! ¡Enviar a un hijo a la universidad hoy en día significa permitir que te lo estropeen los comunistas! No te harás comunista, ¿verdad?

Fulvio sonreía incómodo ante este tipo de preguntas, sin dar una respuesta.

Las veladas de los hombres de la casa se prolongaban hasta tarde, pero, alrededor de las nueve, mi madre me permitía reunirme con ellos en la sala para darles las buenas noches.

—Ven aquí, Dora, necesito la opinión de un experto —me requería entonces mi tío, rebuscando en sus bolsillos—. Toma —me decía al darme un puñado de caramelos—, infórmame de cuáles son los que más te gustan.

El tío no hacía ese gesto con la condescendencia que los adultos suelen emplear con los niños. Le interesaba de verdad mi opinión y, de hecho, al día siguiente, me pedía un informe detallado, pidiéndome que le entregara los envoltorios de los caramelos que había preferido. El tío Bruno me hacía sentir importante, al igual que hacía sentir importantes a todos los que conocía, y era esa capacidad suya la que lo hacía ser una persona tan querida y un vendedor tan extraordinario, tan extraordinario como para hacerse rico vendiendo caramelos.